

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Algunas cuestiones sobre el sostén teórico y las implicancias actuales de la denominada. “crisis del trabajo abstracto”.

Nicolás Pagura.

Cita:

Nicolás Pagura (2009). *Algunas cuestiones sobre el sostén teórico y las implicancias actuales de la denominada. “crisis del trabajo abstracto”.* XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/1434>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Algunas cuestiones sobre el sostén teórico y las implicancias actuales de la denominada “crisis del trabajo abstracto”

Nicolás Pagura
Becario CONICET,
Instituto de Investigaciones Gino Germani,
FSOC, UBA
nicolas_pagura@yahoo.com.ar

INTRODUCCIÓN: PROPÓSITOS Y CAMINO DE ABORDAJE

Con el trasfondo del debate no muy lejano acerca del “fin del trabajo” –en el cual en general ha imperado una gran confusión en torno al concepto mismo de “trabajo” que se ponía en cuestión– y a partir de algunos seminarios y coloquios realizados recientemente en distintos países y particularmente en la Argentina, se ha generado una interesante discusión en torno de la denominada “crisis del trabajo abstracto” (Antunes, 1997; Holloway, 2007; Carrera 2008). Intentando intervenir en la misma pero desde una perspectiva propia, este trabajo se propone trazar algunas líneas provisionarias de interpretación, especialmente alrededor de dos problemas. En primer lugar, el de la sustentabilidad teórica de dicha idea. Sobre este punto, se propone partir de los textos de Marx que tratan la teoría

del valor así como el trabajo abstracto que estaría en su base, para intentar contestar a la siguiente pregunta: ¿Es posible que haya una crisis del trabajo abstracto en un mundo que, indudablemente, sigue dominado por las relaciones de producción capitalistas?

El segundo problema a tratar, siempre en estrecha vinculación con el anterior, es el de cómo articular una línea interpretativa que haga fructífera a aquella idea para dar cuenta de una serie de tendencias que se van proyectando en el denominado “posfordismo”. Para esto se propone ir más allá de la posición de los teóricos del “fin del trabajo”, que en general sólo han prestado atención al proceso de sustitución del trabajo humano (capital variable) por las nuevas tecnologías (capital constante). Esta idea es limitada y unilateral, no sólo porque no parece ser confirmada de modo claro por la realidad, sino fundamentalmente porque desde un punto de vista teórico este proceso implicaría, en términos marxistas, una mayor productividad del trabajo pero no su desaparición como fuente de valor. La hipótesis en que se intentará avanzar en este punto es que lo que pone en crisis al trabajo abstracto no es, sin más, la desaparición o disminución del trabajo, sino la transformación del mismo en el marco de los procesos posfordistas de innovación constante y mejora continua, que tienen como base un tipo de trabajo cognitivo y relacional cuya reducción a una media social es, cuando menos, problemática.

EL TRABAJO ABSTRACTO Y EL DESARROLLO HISTÓRICO DE LAS RELACIONES DE PRODUCCIÓN CAPITALISTAS

El primer interrogante gira alrededor del sustento teórico de la tesis sobre la “crisis del trabajo abstracto”. Sobre este punto, el debate ha girado en torno de dos visiones básicas contrapuestas. La primera señala que el trabajo abstracto es una categoría común a todos los modos de producción: siempre que el hombre trabaja, gasta energía sea ella corporal, cerebral, etc. Si es así, entonces el trabajo abstracto es una categoría ahistórica, y todo discurso sobre su crisis es un sinsentido (Carrera, 2008: 12).

Contra este planteo, cabe argüir que en él se confunde la categoría como “mera idea” con lo que en realidad hay que analizar: su efectivo desarrollo histórico. Desde esta perspectiva, Marx puede señalar:

El trabajo parece ser una categoría totalmente simple. También la representación del trabajo en su universalidad –como trabajo en general– es muy antigua. Y sin embargo, considerado en esta simplicidad desde el punto de vista económico, el “trabajo” es una categoría tan moderna como las relaciones que dan origen a esta abstracción simple (Marx, 2001a: 53-54).

Y luego de repasar el desarrollo de la categoría en los economistas modernos (y el gran paso aquí lo da Adam Smith cuando, contra los fisiócratas, coloca el fundamento de la riqueza en el trabajo en tanto tal, sin más especificaciones), Marx sentencia:

esta abstracción del trabajo en general no es solamente el resultado intelectual de una totalidad concreta de trabajos. La indiferencia hacia un trabajo particular corresponde a una forma de sociedad en la cual los individuos pueden pasar fácilmente de un trabajo a otro y en la que el género determinado de trabajo es para ellos algo fortuito y, por lo tanto, indiferente. El trabajo se ha convertido entonces, no sólo en tanto categoría, sino también en la realidad, en el medio para crear la riqueza en general (Ibíd.: 54-55).

Sigo entonces aquí esta segunda visión, más interesante, según la cual la categoría de “trabajo abstracto” es específicamente moderna y sólo adquiere una función efectiva con el desarrollo de la economía mercantil. Pero además, este funcionamiento sólo puede ser elucidado a la luz de su operatividad en el marco de la teoría del valor. Veamos la exposición de Marx:

Si se prescindiera del carácter determinado de la actividad productiva y por tanto del carácter útil del trabajo, lo que subsiste de éste es el de ser un gasto de fuerza de trabajo humana. (...) Este es el gasto de la fuerza de trabajo simple que, término medio, todo hombre común, sin necesidad de un desarrollo especial, posee en su organismo corporal. El carácter del trabajo medio simple varía, por cierto, según los diversos países y épocas culturales, pero está dado para una sociedad determinada. Se considera que el trabajo más complejo es igual sólo a trabajo simple potenciado o más bien multiplicado (Marx, 2002: 54).

La teoría del valor, que da cuenta de las condiciones de posibilidad de la intercambiabilidad de las mercancías, señala como una necesidad la reducción de todo trabajo concreto a trabajo abstracto, bajo la forma ya más determinada de “trabajo social medio”. Se hace necesario incluso ir más allá de esta primera formulación –realizada en el marco general del intercambio mercantil– para leer el modo en que el parámetro de la reducción a trabajo abstracto evoluciona a la par del desarrollo del modo de producción capitalista. La *subsunión real del trabajo al capital* de la que hablara Marx (2001b: 54-77) implica que el trabajo, en su dimensión material (como creador de valores de uso) quede supeditado a las reglas de producción de plusvalía: es la máquina ahora la que instituye los tiempos de trabajo, atentando contra toda autonomía en la actividad del trabajador.¹ Siguiendo esta línea, este trabajo parte de la idea de que la tesis sobre la “crisis del trabajo abstracto” sólo puede sostenerse desde un historicismo radical que permita incluso poner en cuestión las categorías marxianas; así, el trabajo abstracto no simplemente es una categoría propia del capitalismo, sino que además su

¹ En los debates actuales sobre la crisis del trabajo abstracto, muchas posturas caen en una visión romántica, suponiendo una perpetua lucha del “trabajo concreto” contra su reducción a la abstracción, cuando es el propio desarrollo del capitalismo el que relativiza la distinción entre una y otra dimensión del trabajo.

funcionamiento en dicho sistema puede modificarse –y de hecho plantearé que eso es lo que está ocurriendo hoy.

Teniendo en cuenta esta propuesta, para lo que sigue resulta fundamental una consideración –no siempre tenida en cuenta– respecto a las condiciones de aplicación de la teoría del valor: la reducción que dicha teoría opera del trabajo concreto al abstracto sólo funcionaría cuando se trate de mercancías reproducibles o multiplicables (Levín, 1997: 77 y 164). El caso más claro de excepción a la regla de la ley del valor es el de la obra de arte concebida en su sentido más tradicional, como ejemplar único. Si es irreproducible no tiene valor, porque no puede haber un tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla. El trabajo que la produce, por su parte, no puede ser conmensurable tomando como parámetro a una media social; no es el trabajo repetitivo, aquel trabajo que una y otra vez reitera sus movimientos con la predecibilidad suficiente para producir un objeto idéntico.

La obra de arte parece, con todo, un caso excepcional. Sin embargo, ¿no encontramos una dificultad similar a la hora de reducir a trabajo abstracto actividades que se tornan fundamentales para el actual capitalismo posfordista, como ocurre con el llamado “trabajo inmaterial”? Tradicionalmente, el modelo que se ha estudiado como excepción a la regla de la ley del valor es el del monopolio, en el cual el valor de cambio de la mercancía es determinado de modo independiente del tiempo de trabajo medio requerido para su producción. En el párrafo siguiente plantearé que el posfordismo llega aun más lejos que la fase “monopolista” del capital, al expandir formas de trabajo no reductibles a trabajo abstracto. El caso de las empresas que actualmente se dedican a generar innovaciones continuas, produciendo entonces mercancías cuyo plusvalor diferencial emana del carácter irreproducible de las mismas (Levín, 1997: 315-403), constituye una ilustración perfecta de la tendencia.

Naturalmente, se trata de una cuestión sumamente compleja para tratar en un espacio tan breve como el que se me permite aquí, por lo que propongo realizar un primer acercamiento trazando una línea de interpretación que permita entender la crisis actual del trabajo abstracto a la luz de la crisis del fordismo-taylorismo.

EL POSFORDISMO Y LA CRISIS DEL TRABAJO ABSTRACTO

La importancia que desde principios del siglo XX va adquiriendo el taylorismo primero y el fordismo después significó, para muchos, una confirmación tardía de la teoría del valor (Vatin, 2004: 106). ¿Por qué? La clave se encuentra en la separación que aquellos establecen entre tareas de concepción y ejecución. Según señala Coriat, el propósito de esta división fue expropiar de su saber al

obrero de oficio para quitarle el control de los tiempos de producción; desde ese momento, es la propia empresa la que establece el ritmo al que deben ser ejecutadas las tareas, que por su parte quedan reducidas a un conjunto de movimientos rigurosamente medidos y predeterminados (Coriat, 2001: 38-51).

El hecho de que la teoría del valor reciba un sostén a posteriori con la expansión del fordismo-taylorismo se debe a que ambos comparten un mismo concepto de trabajo. La descalificación del mismo que opera aquel modelo de organización permite fácilmente la reducción a trabajo abstracto que supone la teoría del valor. Si se elimina toda dimensión intelectual en la ejecución del trabajo, lo que queda es pura energía física, cuya eficacia puede medirse con la única herramienta del tiempo del reloj. Hasta tal punto es así que el concepto de “trabajo social medio” del que hablara Marx se instituye ahora normativamente por el sistema, que establece el tiempo que demandará cada tarea. El imperativo que guía a este modelo es producir la mayor cantidad de mercancías en el menor tiempo posible para disminuir los costos y satisfacer una demanda masiva, creciente e indiferenciada.

Retomando lo señalado en el párrafo anterior, puede afirmarse entonces que el fordismo-taylorismo desarrolla la ya señalada “subsunción real del trabajo al capital” al someter al trabajo concreto bajo las reglas del trabajo abstracto. De algún modo, resulta entonces la culminación de un modelo de trabajo inscripto en los inicios de la época industrial moderna.

Dada esta vinculación, la actual crisis de los métodos tayloristas y fordistas se transforma en una ocasión más que oportuna para repensar los presupuestos de la teoría del valor. Esta crisis no implica la desaparición, en todas las industrias, de estos métodos, pero sí en general su combinación con otros nuevos, de orientación diferente. Una de las cuestiones que más interesa aquí de esta crisis es la progresiva relativización de la tradicional separación de las tareas de concepción y control respecto de las de ejecución. Los métodos pioneros adoptados en Japón en la fábrica Toyota, que desde fines de la década del '70 se expanden –no sin modificaciones importantes– en otros países industrializados como Alemania y EEUU constituyen respecto a esto un ejemplo emblemático. La tendencia se orienta a que actividades que antes se desarrollaban de modo separado sean parte de las tareas que desarrollan los mismos obreros en el espacio del taller. Es lo que ocurre con algunas de las tareas de administración (el toyotismo, por ejemplo, tiene en teoría una ideología antiburocrática), de concepción y organización (piénsese en la nueva organización de las tareas en grupos de trabajo con autonomía relativa, que además altera la ecuación fordista hombre/ máquina/ tarea) y de control, que de modo tendencial pasa a ejercerse en el puesto de trabajo (Antunes, 2005: 33-46; Coriat, 1993: 68-97).

Estas transformaciones se orientan a superar las rigideces propias del fordismo-taylorismo, logrando una producción más flexible, dinámica y centrada en la mejora continua de los procesos, requisitos indispensables para mantener la competitividad en mercados más segmentados y complejos (Coriat, 1993: 167-175). Pero sobre todo, y esto es lo que más importa aquí, comportan una mutación en el concepto de trabajo, ya que la incorporación de capacidades de trabajo anteriormente despreciadas se convierte ahora en requisito indispensable para que estas transformaciones puedan tener lugar.

Ocurre que el ejercicio de facultades cognitivas, intelectuales y creativas se torna central en el espacio de trabajo. El obrero deja de asemejarse a una mera máquina ejecutora (la cual, en efecto, en muchos casos lo ha reemplazado en esta tarea) para pasar a tener –siempre dentro de los límites fijados por el capital– responsabilidad efectiva en el resultado de los procesos.² Es que para que el imperativo de la “mejora continua” funcione, permitiendo la flexibilización de los procesos, se necesita de un descenso del saber-hacer al nivel del taller.

Este cambio en el lugar e importancia para el ejercicio de facultades cognitivas e inmateriales queda claramente graficado en la mutación que se registra en la idea de “formación”. Ella deja de asimilarse a un conjunto de capacidades adquiridas de forma medianamente estable para devenir un ejercicio continuado, sujeto a validación permanente (concepto de “formación continua”). En esta dirección apunta el pasaje, registrado por numerosos sociólogos del trabajo, de la noción tradicional de “calificación” a la más reciente, de orientación profundamente neoliberal, de “competencia”, con la cual la formación de la fuerza de trabajo se transforma en un proceso sujeto a validación constante dentro y fuera del trabajo, de acuerdo a la nueva modalidad de flexibilización que acompaña a los ciclos –cada vez más cortos– de las coyunturas del mercado, la duración de los productos y el cambio tecnológico (Tanguy, 2003: 122). Es decir que se exige de la fuerza de trabajo lo mismo que de los nuevos productos diversificados: su permanente renovación.

La crisis del trabajo abstracto aparece entonces estrechamente vinculada a la relativización de la separación entre tareas de concepción y ejecución, así como a la necesidad de renovar de modo permanente las capacidades y aptitudes de la fuerza de trabajo. Es el correlato de un capitalismo cada vez más diferenciado y jerarquizado, que intenta extraer un plusvalor diferencial mediante la renovación continua de los procesos y los productos junto con la creación permanente de nuevas necesidades sociales, estrategias que apuntan contra la igualación de las tasas de ganancia entre los distintos capitales generalmente supuesta por el marxismo (Levín, 1997: 315-403).

² Lo cual, cabe aclarar para evitar equívocos, no significa que las tareas se hagan más agradables. De hecho, la mayor responsabilidad de los trabajadores por el resultado de los procesos es inescindible de la intensificación del trabajo y de la apropiación de nuevas capacidades laborales por el capital.

En este primer acercamiento que nos propusimos, aparece ya lo que habrá que analizar como un doble movimiento mucho más general: el de la tendencia a la subordinación bajo el mando del capital, por un lado, de la totalidad de las facultades —especialmente las “inmateriales”— del trabajador y, por otro lado, de actividades anteriormente no consideradas como directamente productivas —el caso más notable es el de los servicios en una economía cada vez más terciarizada. Este doble movimiento ha sido interpretado, siguiendo a Marx, en los términos de una “subsunción real de la vida al capital” (Hardt y Negri, 2002: 318-319). Siguiendo esta línea, ya no se trataría simplemente del aumento de la productividad media del trabajo como en la hipótesis clásica, sino de la apropiación de la totalidad de la vida —que incluye sacar provecho además de las llamadas “externalidades positivas”, elementos de la interacción social de los que el capital se apropia sin contrapartida alguna³ (Rodríguez, 2003: 83).

ALGUNAS PROYECCIONES PARA CONTINUAR EL ANÁLISIS

Tomando en cuenta el desarrollo anterior, quisiera indicar algunas de las líneas teóricas que podrían seguirse desde este análisis. Si en la llamada “nueva economía” se tornan centrales facultades y actividades no fácilmente reductibles a trabajo abstracto, cabría proyectar no el “fin del trabajo”, ni mucho menos el advenimiento de sociedades “poscapitalistas”, sino una transformación del trabajo con el consecuente cambio en las estrategias de valorización del capital. La crisis del trabajo abstracto podría servir entonces para poner de manifiesto un movimiento cualitativo en los procesos actuales de explotación, ya no simplemente tendientes a intensificarla (trabajar más en menos tiempo), sino a ampliarla a nuevas capacidades y actividades productivas —la llamada “subsunción real de la vida al capital”. La explotación debería reinterpretarse entonces menos como el robo de una cierta cantidad de tiempo de trabajo que como la expropiación del trabajo colectivo, de lo común (Hardt y Negri, 2004: 181).

Desde este marco habría que reformular muchas de las categorías marxistas, así como algunos de los presupuestos centrales de la teoría del valor. Mientras el actual debate sobre la “crisis del trabajo abstracto” parece ponernos en la encrucijada de tener que decidir entre seguir la hipótesis del “fin del trabajo” con el consecuente abandono de la teoría marxista, o desechar dicha hipótesis al precio de conservar la teoría tal cual fue formulada hace casi ciento cincuenta años, una exploración de la hipótesis en que avanzó este trabajo invitaría, por el contrario, a reformular la teoría para lograr dar cuenta de las transformaciones que están teniendo lugar en el capitalismo actual. Ante todo, sin

³ Un ejemplo claro de “externalidad positiva” nos lo ofrecen las nuevas versiones de Windows, con las cuales la empresa se apropia de los resultados de la experiencia del usuario con los programas (como se hace mediante el pedido de envío de “errores”).

dogmatismos. Pero con la certeza de que, para cambiar algo de la difícil situación socio-política en que nos encontramos (que se intensifica con la actual crisis capitalista), se necesitan mantener afiladas las armas de la crítica mediante su incesante renovación.

Bibliografía

- ANTUNES, R. (1997), *¿Adiós al trabajo?*, Venezuela, Piedra Azul.
- ANTUNES, R. (2005), *Los sentidos del trabajo*, Buenos Aires, Herramienta.
- CARRERA, J. (2008), “El fetichismo de la mercancía bajo su forma de «teoría de la crisis del trabajo abstracto»” [en línea], ponencia presentada en el marco del seminario “La crisis del trabajo abstracto”. Disponible en: <http://www.iade.org.ar>
- CORIAT, B. (1993), *El taller y el robot*, México, Siglo XXI.
- CORIAT, B. (2001), *El taller y el cronómetro*, México, Siglo XXI.
- HARDT, M. y NEGRI, A. (2002), *Imperio*, Buenos Aires, Paidós.
- HARDT, M. y NEGRI, A. (2004), *Multitud*, Buenos Aires, Debate.
- HOLLOWAY, J. (2007), “La crisis del trabajo abstracto” [en línea], presentación del seminario “La crisis del trabajo abstracto”. Disponible en: <http://www.herramienta.com.ar>
- LEVÍN, P. (1997), *El capital tecnológico*, Buenos Aires, Catálogos.
- MARX, K. (2001a), *Introducción general a la crítica de la economía política/ 1857*, México, Siglo XXI.
- MARX, K. (2001b), *El capital, Libro I Capítulo VI (inédito)*, México, Siglo XXI.
- MARX, K. (2002), *El capital*, Tomo 1, Buenos Aires, Siglo XXI.
- RODRÍGUEZ, E. (2003), *El gobierno imposible*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- TANGUY, L. (2003), “De la evaluación de los puestos de trabajo a la de las cualidades de los trabajadores: definiciones y usos de la noción de competencias”, en De La Garza Toledo y Neffa (comps.), *El futuro del trabajo- el trabajo del futuro*, Buenos Aires, FLACSO.
- VATIN, F. (2004), *Trabajo, ciencias y sociedad: ensayos de sociología y epistemología del trabajo*, Buenos Aires, Lumen.